

Quien en llegar es algo perezoso,  
Viendo levar el áncora á la nave  
No duda en arrojar al mar furioso  
Teniendo aquel morir por menos grave;  
Quien antes no nadaba de medroso,  
Las olas rompe agora y nadar sabe:  
Mirad pues el temor á que ha llegado,  
Que viene á ser de miedo el hombre osado.

Los que están en la fuerza retraidos  
Como buenos guerreros se defienden;  
Muertos quieren quedar y no vencidos,  
Que ya solo un honrado fin pretenden:  
Y con tal presupuesto embravecidos,  
Sin esperanza de vivir ofenden,  
Haciendo en los contrarios tal estrago  
Que la plaza de sangre era ya lago.

Lautaro gente y armas contrastando  
En la fuerza el primero entrado habia,  
Y muerto á dos soldados en entrando  
Que en suerte le cupieron aquel dia;  
Lincoya iba hiriendo y derribando;  
Mas ¿quién podrá decir la bravería  
De Tucapel, que el cielo acometiera  
Si hallara algun camino ó escalera?

No entró el fuerte por puerta, ni por puente,  
Antes con desenvuelto y diestro salto  
Libre el foso salvó ligeramente,  
Y estaba en un momento en lo mas alto;  
No le pudo seguir por allí gente,  
Él solo de aquel lado dió el asalto:  
Mas como si de mil fuera guardado,  
Se arroja luego en medio del cercado.

Apenas puso el pié firme en la plaza,  
Cuando el furioso bárbaro, esgrimiendo  
La ejercitada dura y gruesa maza,  
Iba los enemigos esparciendo:  
No vale malla fina ni coraza,  
Y las celadas fuertes no pudiendo  
Sufrir los recios golpes que bajaban,  
Machucando los sesos se abollaban.

Unos deja tullidos y contrechos,  
Otros para en su vida lastimados,  
A quién hunde el pescuezo por los pechos,  
A quién rompe los lomos y costados:  
Cual si fueran de blanda cera hechos,  
Magulla, muele y deja derrengados,  
Y en el mayor peligro osadamente  
Se arroja sin temor de armas y gente.

Contra Ortiz revolvió con muestra airada,  
Que habia muerto á Torquin mozo animoso,  
La maza alta, y la vista en él clavada  
Rompe por el tropel de armas furioso:  
No sé cuál fué la espada señalada,  
Ni aquel brazo pujante y provechoso  
Que el mástil cercenó del araucano,  
Y dos dedos con él de la una mano.

Con el encendimiento que llevaba  
No sintió la herida de repente;  
Mas cuando el brazo y golpe descargaba  
Que los dedos y maza faltar siente,  
Herida tigre hircana no es tan brava,  
Ni acosado leon tan impaciente  
Como el indio, que lleno de postema  
Del cielo, infierno, tierra y mar blasfema.

Sobre las puntas de los piés estriba,  
Y en ellas la persona mas levanta,  
El brazo cuanto puede atrás derriba,  
Y el trozo impele con violencia tanta,  
Que á Ortiz, que alta la espada sobre él iba,  
La celada y los cascos le quebranta,  
Y del grave dolor desvanecido  
Dió en el suelo de manos sin sentido

El bárbaro, con esto no vengado,  
Viene sobre él con furia acelerada,  
Y con la diestra aun no medrosa airado  
A Ortiz arrebató la aguda espada,  
Alzándole la cota por un lado  
Le atravesó de la una á la otra ijada,  
Y la alma del corpóreo alojamiento  
Hizo el duro y forzoso apartamiento.

La espada á la siniestra el indio trueca,  
Sintiéndose tullido de la diestra,  
Y del golpe primero otro derrueca,  
Que también en herir era maestra.  
Como suele segar la paja seca  
El presto segador con mano diestra,  
Así aquel Tucapel con fuerza brava  
Brazos, piernas y cuellos cercenaba.

Dejándose guiar por do la ira  
Le llevaba furioso discurriendo,  
Unos hiere, maltrata, otros retira,  
La espesa selva de astas deshaciendo;  
Acaso al padre Lobo un golpe tira  
Que contra cuatro estaba combatiendo,  
El cual sin ver el fin de aquella guerra  
Dió el alma á Dios, y el cuerpo dió á la tierra.

El grave Leucoton no menos fuerte  
Con el valor que el cielo le concede  
Hiere, aturde, derriba y da la muerte  
Que nadie en fuerza y ánimo le escede;  
No sé cómo á escribirlo todo acierte,  
Que mi cansada mano ya no puede  
Por tanta confusion llevar la pluma,  
Y así reduce mucho á breve suma.

También Angol soberbio y esforzado  
Su corvo y gran cuchillo en torno esgrime;  
Hiere al joven Diego Oro, y del pesado  
Golpe en la dura tierra el cuerpo imprime:  
Pero en esta sazón Juan de Alvarado  
La furia de una punta le reprime  
Que al tiempo que el furioso alfanje alzaba,  
Por debajo del brazo le calaba.

No halló defensa la enemiga espada  
Lanzándose por parte descubierta,  
Derecho al corazón hizo la entrada  
Abriendo una sangrienta y ancha puerta:  
La cara antes del joven colorada  
Se vió de amarillez mustia cubierta;  
Descoyuntóle el brazo un mortal hielo,  
Batiendo el cuerpo helado el duro suelo.

El corpulento mozo Mareguano,  
Que airado á todas partes discurría,  
Llego al tiempo que Angol por diestra mano  
Al riguroso hierro se rendía:  
Era su íntimo amigo y primo hermano,  
De estrecho trato antiguo y compañía:  
«Pues fué siempre en la vida igual la suerte  
Quiero, dijo, también que sea en la muerte.»

Y contra el matador con repentina  
Rabia, que el pecho y venas le abrasaba,  
Un macizo y fornido tronco empina,  
Y con fuerza sobre él lo derribaba;  
Mas temiendo del golpe la ruina  
Alvarado que el ojo alerta estaba,  
Saca presto el caballo apercebido,  
Y en el suelo el troncon quedó metido.

Chilcan, Ongolmo, Cayeguán de un lado,  
Lepomandé y Purén en compañía  
Habian así á los nuestros apretado,  
Que ganaron gran crédito aquel dia:  
Tomé, Cayocupil y el esforzado  
Pillolco, Caniomangue y Lebopía,  
Mareande, Elicura y Lemolemo,  
De su valor mostraron el extremo.

En esto un rumor súbito se siente  
Que los cóncavos cielos atronaba,  
Y era que la vitoria abiertamente  
Por el bárbaro infiel se declaraba:  
Ya la española destrozada gente  
Al camino de Itata enderezaba,  
Desamparando el suelo desdichado  
De sangre y enemigos ocupado.

Del todo á toda furia comenzando  
Iban los españoles la huída,  
Siempre mas el temor apresurando  
Con agudas espuelas la corrida:  
Sigue el alcance, y valos aquejando  
La bárbara canalla embravecida  
Envuelta en una espesa polvareda,  
Matando al que por flojo atrás se queda.

Alvarado con ánimo y cordura  
Los anima y esfuerzo, y no aprovecha,  
Que la turbada gente en tal rotura  
Huye la muerte y plaza tan estrecha:  
Cuál encamina al monte, y cuál procura  
De Mapochó la senda mas derecha,  
Y cuál y cuál constante todavía  
Animoso con Atropos porfia.

Estos, honrosa muerte deseando,  
Despreciaban la vida deshonrada,  
Aquel forzoso punto dilatando  
Con raro esfuerzo y valerosa espada:  
Presto quedó la plaza sin un bando,  
De almas vacía y de cuerpos ocupada,  
Que animosos los pocos que quedaban  
A las armas y muertes se entregaban.

Unos por los costados caen abiertos,  
Otros de parte á parte atravesados,  
Otros que de su sangre están cubiertos  
Se rinden á la muerte desangrados;  
Al fin todos quedaron allí muertos  
Del riguroso hierro apedazados.  
Vamos tras los que aguijan los caballos,  
Que no haremos poco en alcanzallos.

Quién por camino incierto, quién por senda  
Aspera, peligrosa y desusada  
Bate al caballo y dale suelta rienda,  
Que el medio es grande y grande la jornada;  
El bárbaro escuadron con grita horrenda  
Por sierra, monte, llano y por cañada]  
Las espaldas los iba calentando  
Hiriendo, dando muerte y derribando.

Habia de la comarca concurrido  
Gente armada por uno y otro lado,  
Que á la mira imparcial habia asistido  
Hasta ver el derecho declarado:  
En esto alzando un súbito alarido  
Con el orgullo á vencedores dado,  
Baja las armas hasta allí neutrales  
En daño de las señas imperiales.

Sale en el codicioso seguimiento  
De la española gente que corria,  
Con furia y lijereza mas que el viento,  
Sin hacerse uno á otro compañía:  
La mucha turbacion y desatiento  
Que á los nuestros el miedo les ponía,  
Los lleva sin caminos, esparcidos  
Por sierras, valles, montes, por egidos.

Los que tienen caballos mas lijeros  
¡Oh cuán de corazon son envidiados!  
¡Qué poco se conocen compañeros  
De largo tiempo y amistad tratados!  
No aprovechan promesas de dineros  
Ni de bienes allí representados:  
Tanto el miedo ocupado los habia,  
Que lugar la codicia aun no tenia.

Antes los intereses despreciando  
Se muestran allí poco codiciosos,  
Tras las ricas celadas arrojando  
Petos de fina plata embarazosos;  
Y así de las promesas no curando  
Jugaban los talones presurosos:  
Solo las alas de Icaro quisieran,  
Aunque pasando el mar se derritieran.

Juan y Hernando Alvarados la jornada  
Con el valiente Ibarra apresuraban,  
Animando la gente desmayada,  
Mas no por esto el paso moderaban:  
Abren por la carrera embarazada,  
Que lijeros caballos gobernaban,  
Y aunque con viva espuela los batian  
Alargarse de un indio no podian.

Delante largo trecho de la gente  
A los tres les da caza y atormenta  
Un espaldudo bárbaro valiente  
Rengo llamado, mozo de gran cuenta:  
Este solo los sigue osadamente,  
Y á voces con palabras los afrenta,  
Y los aprieta y corre á campo raso,  
Sin poderles ganar un solo paso.

«¡Jo, jo! les va gritando: ¡espera, espera!»  
Que mas en castellano no sabia;  
Pero en su natural lengua primera  
Atrevidas injurias les decia:  
Tres leguas los corrió desta manera,  
Que jamás de las colas se partía  
Por mucho que agujasen los rocines,  
Llamándolos infames y ruines.

Llevaba una arma en alto levantada  
Que no hay quien su faccion y forma diga:  
Era una gruesa haya mal labrada  
De la grandeza y peso de una viga,  
De metal la cabeza barreada,  
Y esgrimela el garzon sin mas fatiga,  
Que el presto esgrimidor suelto liviano  
Juega el fácil baston con diestra mano.

Si alguna vez con el troncon pesado  
Los caballos el bárbaro alcanzaba,  
Era de fuerza el golpe tan cargado  
Que casi derrengados los dejaba:  
Así cada caballo escarmentado  
Sin espuelas el curso apresuraba,  
Que jamás fué baqueta en la corrida  
Como el baston del bárbaro temida.

Aunque gran trecho aquel follon se aleja  
Del seguro monton y amigo bando,  
No por esto la dura empresa deja,  
Antes mas los persigue y va afrentando;  
Con prestos piés y maza los aqueja,  
La nacion española profazando  
En lenguaje araucano, que entendian  
Los tres que á mas correr dél se desvían.

Veinte veces revuelven los cristianos  
Dando sobre él con súbita presteza,  
A todos tres les da llenas las manos  
Con su diabólica arma y lijereza:  
Entre tanto llegaban los ufanos  
Indios en el alcance sin pereza,  
Y volviendo los tres á su carrera,  
El bárbaro y baston sobre ellos era.

No por áspero monte, ni agria cuesta  
Afloja el curso y animoso brio,  
Antes cual correr suele sobre apuesta  
Tras las fieras el puelche en desafio,  
Los corre, aflige, aprieta y los molesta,  
Y á diez millas de alcance por do un rio  
El camino atraviesa al mar corriendo,  
Se fué en la húmeda orilla deteniendo.

El bárbaro escuadron parado habia;  
Solo el contumaz Rengo porfiando  
Desistir de la empresa no queria,  
Aunque no ve persona de su bando:  
Los tres lasos cristianos á porfia  
Iban el ancho vado atravesando,  
Cuando Rengo cargó de una pesada  
Piedra la presta honda dél usada.

El tronco en el suelo húmido fijado  
Rodea el brazo dos veces, despidiendo  
El toscó y gran guijarro así arrojado,  
Que el monte retumbó del sordo estruendo:  
Las ninfas por lo mas sesgo del vado  
Las cristalinas aguas revolviendo  
Sus doradas cabezas levantaron,  
Y á ver el caso atentas se pararon.

El importuno bárbaro no cesa,  
Ni afloja de la empresa que pretende,  
Antes con silbos, grita y piedra espesa,  
La agua á mas de la cinta, los ofende,  
Y dándoles en esto mucha priesa  
El beber los caballos les defiende,  
Diciendo: «¡Sús, salid, salid afuera,  
Que yo os mantendré campo en la ribera!»

Viendo Alvarado á Rengo así orgulloso,  
De la soberbia tema ya impaciente,  
Dice á los dos: «¡Oh caso vergonzoso,  
Que á tres nos siga un indio solamente,  
Y triunfe de nosotros vitorioso!  
No es bien que de españoles tal se cuente:  
Volvamos, y de aquí jamás pasemos  
Si primero morir no le hacemos.»

Así dijo, y las riendas revolviendo  
Segunda vez el vado atravesaban,  
De morir ó matarle proponiendo  
Los cansados caballos aguijaban:  
En esto el araucano conociendo  
La cólera y furor con que tornaban,  
Olvidando la maza y presupuesto,  
Las voladoras plantas mueve presto.

Una larga carrera por arena  
Los tres á toda furia le siguieron,  
Aunque en balde tomaron esta pena,  
Que el indio mas corrió que ellos corrieron:  
Faltos no de intencion, pero de lena,  
De cansados las riendas recogieron,  
Y en un áspero sitio y peligroso  
Les hizo rostro el bárbaro animoso.

Por espaldas tomó una gran quebrada  
Revolviendo á los tres con osadía,  
Y á falta de la maza acostumbrada  
A menudo la honda sacudía:  
De allí con mofa, silbos y pedrada  
Sin poderle ofender los ofendía,  
Por ser aquel lugar despeñadero,  
Y mas que ellos el bárbaro lijero.

¡Cuán usado es huir los abatidos,  
Y seguir los soberbios levantados  
De la instable fortuna favoritos  
Para solo después ser derribados!  
Al cabo estos favores reducidos  
A su valor son bienes emprestados,  
Que habemos de pagar con siete tanto  
Como claro nos muestra el nuevo canto.



Visto Alvarado serle así escusado  
El fin de lo que tanto deseaba,  
Dejando libre al bárbaro esforzado,  
Que bien de mala gana se quedaba,  
Pasa otra vez el ya seguro vado,  
Y al usado camino enderezaba  
Triste en ver que fortuna por tal modo  
Se le mostraba adversa y dura en todo.

Habia dejado el campo lautarino  
De seguir el alcance grande rato:  
Iban los españoles sin camino  
Como ovejas que van fuera del hato;  
De no seguirlos mas me determino,  
Que por lo que adelante dellos trato,  
Dejarlos por agora me es forzado  
Donde otras veces ya los he dejado.

Con la gente araucana quiero andarme,  
Dichosa á la sazón y afortunada,  
Y como se acostumbra desviarme  
De la parte vencida y desdichada;  
Por donde tantos van quiero guiarme  
Siguiendo la carrera tan usada,  
Pues la costumbre y tiempo me convence,  
Y todo el mundo es ya: viva quien vence.



## CANTO X <sup>(1)</sup>

Ufanos los araucanos de las vitorias habidas, ordenan unas fiestas generales, donde concurrieron diversas gentes así extranjeras como naturales, entre los cuales hubo grandes pruebas y diferencias.

Quando la varia diosa favorece,  
Y las dádivas prósperas reparte,  
¡Cómo al ánimo flaco fortalece,  
Que de triste mujer se vuelve un Marte,  
Y derriba, acobarda y enflaquece  
El esfuerzo viril en la otra parte,  
Haciendo cuesta arriba lo que es llano,  
Y un gran cerro la palma de la mano!

¡Quién vió los españoles colocados  
Sobre el mas alto cuerno de la luna,  
De sus famosos hechos rodeados,  
Sin punto y muestra de mudanza alguna!  
¡Quién los ve en breve tiempo derribados!  
¡Quién ve en miseria vuelta su fortuna,  
Seguidos no de Marte, dios sanguino,  
Mas del tímido sexo femenino!

Mirad aquí la suerte tan trocada,  
Pues aquellos que al cielo no temian,  
Las mujeres á quien la rueca es dada  
Con varonil esfuerzo los seguian,  
Y con la diestra á la labor usada  
Las atrevidas lanzas esgrimian,  
Que por el hado próspero impelidas  
Hicían crudos efetos y heridas.

Estas mujeres, digo, que estuvieron  
En un monte escondidas esperando  
De la batalla el fin, y cuando vieron  
Que iba de rota el castellano bando,  
Hiriendo el cielo á gritos descendieron  
El mujeril temor de sí lanzando,  
Y de ajeno valor y esfuerzo armadas  
Toman de los ya muertos las espadas.

(1) Esta cabecera pertenece al canto VI, correspondiéndole al X la colocada en el V.